

El lenguaje

El lenguaje es la casa que habitamos los seres humanos (Heidegger, 2003). Ésta afirmación podría parecer exagerada a menos que nos detengamos a reflexionar por un momento en lo que implica. En primer lugar, nos invita a pensar en el hecho de que toda explicación pasa necesariamente por las palabras gracias a las cuales podemos ofrecer una interpretación de los acontecimientos, de lo que pensamos y experimentamos. Sin las palabras no existirían ni el arte de la escritura, ni la historia. Pero tampoco las canciones con las que recreamos nuestras vivencias, hasta que se revelan en versos, estrofas, poemas.

Si el lenguaje sólo fuera un medio para comunicarnos, y no el horizonte desde donde le damos sentido a la realidad, entonces no pasaría de constituir una herramienta más. Por el contrario, el lenguaje no funciona únicamente como un instrumento (aunque también puede serlo), si no como el lugar en el que nos encontramos situados, el espacio de maniobra de las emociones y el pensamiento. La conocida frase de que *los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo*, (Wittgenstein, L. 2000, pág. 143) ilustra de alguna manera esto que aquí se afirma, porque nuestra comprensión del mundo alcanza hasta donde nos lo permite el campo de significados en el que nos movemos. Por eso se puede decir que en el lenguaje *somos*, es nuestra casa, nuestra morada.

La posibilidad de comprender lo que sucede, se encuentra atravesada inevitablemente por las palabras con las que expresamos el significado de las cosas; así como también por aquello que se oculta a nuestra comprensión y

motiva preguntas acerca de quiénes somos y del fundamento mismo de lo que llamamos realidad. De hecho, si la filosofía tiene como tarea primordial interrogar sobre las creencias y prejuicios compartidos, es porque no se conforma con aceptar acríticamente los discursos y las explicaciones con las que en la vida cotidiana los medios masivos de información, por ejemplo, pretenden darnos una versión unilateral y acabada de los acontecimientos.

Por ello es importante para la reflexión filosófica poner mucho cuidado en los enunciados con los cuales se estructura un discurso. Por discurso debemos entender aquí, no sólo la perorata de los políticos, o la bienvenida por parte del director de una escuela a los alumnos cuando inician el nuevo ciclo escolar. Un discurso es en términos generales el conjunto de enunciados que constituyen una determinada interpretación de los hechos, el entramado de una explicación, o la narrativa con la cual se busca establecer el orden en el que se desarrollaron los acontecimientos.

De ahí que la filosofía se preocupe por indagar sobre la naturaleza misma del lenguaje, pues a partir del desciframiento de los distintos modos como se ensamblan los enunciados de un discurso, nos es posible entender *qué* es lo que está en juego cuando conversamos o discutimos al intentar aclarar un asunto cualquiera. Si simplemente ignoramos el tejido de ideas, afirmaciones y conclusiones de un discurso; ya sea político, científico, o de otra índole, será difícil descubrir las intenciones que se esconden tras lo que se dice, así como el sentido de las aseveraciones respecto al tipo de problema planteado. Pues no podemos olvidar que al establecer conclusiones sobre un determinado tema, lo que en esencia se dirime es la verdad o la falsedad de los juicios en los que nos basamos para sostener nuestras afirmaciones.

Referencias

Heidegger, M. (2004). Carta sobre el humanismo. Madrid: Alianza.

Wittgenstein, L. (2000). Tractatus Logico-Philosophicus. Madrid: Alianza.

Material didáctico elaborado por el profesor Guillermo Marín.

